

María Enciso

Arturo MEDINA PADILLA

Finalizando la primavera de 1979 tuve la primer noticia de María Enciso. Fue en El Escorial. Me la facilitaba Manuel Andújar, asistente como yo a las bodas de oro de Antoniorrobles, mientras un grupo de niños jugaban atemporales, frente a nosotros, en un jardín asilvestrado sobre los hombros de una maltrecha estatua de Felipe II. En sostenida, desembarazada conversación Andújar me daba detalles de una almeriense de excepción, *mujer serena, amiga de sus amigos*, que había muerto tempranamente en México y con la que había coincidido en el común exilio. Me habló de sus escritos y de su clara personalidad. Por la edad y por los rasgos físicos que me decía tener, yo la asocié un poco al azar con la hermana de un condiscípulo mío de Bachillerato, Pérez Enciso. Una delgada muchacha, morena, pálida, muy guapa, que en temporadas parvas y espaciadas aparecía por la calle Pedro Jover donde habitaba la familia, o por una especie de tienda de regalos o de quincallas que regentaba la madre viuda en La Almedina. Esto debía suceder por los veintitantos bien entrados.

Después de leer las dos obras de María publicadas en México (1) —las primeras de las suyas que conseguía— inicié mis investigaciones y comprobé que lo que había sido un presentimiento era sin duda una certeza. La María Enciso que me descubrió Andújar era la María Pérez Enciso que yo fugazmente había tratado en aquellos años. Mi indagación tuvo forzosamente que arrancar de cero. María Enciso era una perfecta desconocida, tal como expuse en un trabajo reciente (2), no ya para el **gTan** público sino para el lector especializado. Son abundantes los datos que poseo y diversas las fuentes que me los han suministrado. La más inmediata, la de sus libros colombianos (3), que por reincidente gentileza de Manuel Andújar nos han remitido de la nación andina. No me han fallado tampoco aportaciones —vagas— de algún apartado pariente de María, que aunque haya que constatar, son, sin embargo, incitantes pistas para futuras pesquisas. Con ello he logrado trazar un bosquejo de biografía lo suficientemente consistente y fidedigno para que quede dibujada la línea cardinal de su existencia.

María de los Dolores Pérez Enciso, hija legítima de Francisco Pérez Castro y de Dolores Enciso Amat, nació en el n° 27 de la calle de San Ildefonso de Almería, a las once de la mañana del 31 de marzo de 1908. Fue la mayor de tres hermanos, Francisco, fallecido de corta edad, y Guillermo, catedrático de Filosofía en Caracas. A los quince años, en la convocatoria de septiembre de 1923, verificó el examen de ingreso en la Escuela Normal de Almería, pero acto seguido solicitó traslado a la Escuela de Barcelona, capital en la que habría de domiciliarse hasta las postrimerias de nuestra guerra. Casó muy joven. Del matrimonio —no afortunado— nacería la única hija, Rosa del Olmo Pérez, que compartiría con ella los avalares del destierro. En enero de 1939 pasó a Francia como Delegada de Evacuación del Gobierno de la República. Misión: rescatar niños españoles de los campos de concentración franceses —Argelés-sur-mer, Saint Cyprien.

Clairmont Ferian, Perigueux— y conducirlos a Bélgica. Finalizada la contienda civil, vencido el bando por el que había apostado sin reservas, María Enciso pierde España para siempre, y, vinculada ahora al Cuerpo Diplomático Sudamericano, fija su residencia en Bruselas. Por escaso tiempo. La invasión nazi le obliga el 13 de Mayo de 1940 a emprender la huida. Atraviesa Francia en un tren repleto de aterrorizados viajeros. Embarca hacinada en El Havre. Cruza

